

El terror al poder

El presidente de Estados Unidos, Barack Hussein Obama, recibe a la organización terrorista “Hermandad Musulmana” en la Casa Blanca como parte de su “compromiso para incluir a los nuevos y emergentes actores y partidos políticos”. Conocidos por su fundamentalismo e intento de asesinato al presidente egipcio Nasser en los años '50, recibieron su “legitimidad” de manos de los funcionarios de la casa de gobierno norteamericana. La Hermandad Musulmana es la madre, entre otros grupos terroristas, de Al Qaeda o Hamás.

En tanto, como otros dirigentes que representan organizaciones terroristas en países latinoamericanos, europeos o asiáticos, la dirigente violentista Camila Vallejos dejó caer la máscara en Cuba y manifestó su apoyo al dictador cubano, en coherencia con sus afirmaciones previas donde admiraba las dictaduras comunistas en la historia.

ETA, IRA, OLP, y tantas siglas de grupos activos en el terrorismo o de ONGs simpatizantes y defensoras de la vía armada de las izquierdas o el islam, acceden a espacios cada vez mayores en la vida política y en la prensa, recibiendo apoyos de gobiernos, instituciones internacionales, indignados o las infaltables muestras de simpatía de artistas de toda especie, que avalan con su fama estas pretensiones criminales.

El problema en la mira

Los observadores suelen apuntar a los orígenes e ideología de quienes apoyan y defienden el terrorismo. Pero sin citar la doctrina militarizada de imposición comunista nacional e internacional de Fidel Castro o, por ejemplo, el origen musulmán del presidente demócrata norteamericano.

Poco importa si el padre de Barack Hussein Obama era keniano musulmán o si su madre fue atea blanca casada, tras su divorcio, con un radical islámico de indonesia que inscribiese al futuro presidente de Estados Unidos – paralelamente a una escuela cristiana con registro “musulmán” en la profesión de fe – en una escuela Wahabi en Jakarta. Como se recordará, el Wahabismo es el dogma más radical que siguen los terroristas musulmanes que están envueltos en la Yihad anti-occidental. El problema estaría, en este caso, en que para los musulmanes la “apostasía” es un crimen penado con la muerte. Sin embargo la inscripción de Obama como “cristiano” no levantó penas ni condenas por parte del Islam. ¿Qué respuestas podrían aparecer de una investigación a fondo?

Manteniendo la misma línea de pensamiento profundo, ¿cómo explicar los silencios locales e internacionales ante el apoyo a terroristas o a organizaciones con expedientes criminales, directos o indirectos, con violencia directa o a través de sus ramificaciones?

¿Ignora la Casa Blanca que la Hermandad Musulmana niega a los cristianos – inmensa mayoría de los norteamericanos – incluso la representación parlamentaria por ser “infielos”?

¿Desconocen artistas, políticos y líderes internacionales los apoyos, simpatías, expedientes o alianzas de quienes apoyan?

El mundo tras el 11-S

El mayor problema de los analistas geopolíticos es que provienen de formaciones universitarias que forman a sus egresados en modelos caducos de interpretación de la realidad, o bien, con esquemas incompletos de análisis. El islam moderno, por ejemplo, no es sólo un problema de origen económico (interpretación marxista de la historia), geográfico o racial. Se trata ante todo de un problema de origen religioso con adoctrinamiento socialista.

O los movimientos de indignados, como el caso chileno, norteamericano o español, que han demostrado ser los nuevos brazos del comunismo internacional para revivir a través de nuevas “bases combativas”. Y esto se comprueba en los indignados islámicos, cuya evolución siempre dará en movimientos radicales pro marxistas.

El pasado rojo y verde

Los movimientos revolucionarios que abrieron el siglo XX no se redujeron sólo a la primera agresión roja en Europa, rechazada por la población contra las masacres socialistas en sus países (i.e. Rumania, Hungría, Ucrania, etc.) para luego ser impuesta con las dictaduras militares socialistas que alcanzaron triste fama. Sus escaladas sanguinarias redoblaron su crueldad y se exportaron desde centros de criminalidad como la Checoslovaquia de Tito o la Cuba de Castro.

El comunismo ateo combatió toda manifestación religiosa. Con el Islam no fue menor la persecución y censura, particularmente en Asia Central y Extremo Oriente.

Sin embargo, con el proceso de avance y mutación de las estructuras comunistas, la religión “re-reescrita” en clave marxista fue la nueva base de lucha y el mundo musulmán – en paralelo al cristianismo “de liberación” – y se extendió como reguero de pólvora por oriente y occidente.

En este programa de agitación revolucionaria, los intentos golpistas comunistas a través de los títeres musulmanes tuvieron su papel privilegiado en la década de los '60, cuando el maoísmo comenzaba a predicar su revolución cultural y los países asiáticos caían ante la mirada impotente de occidente.

Rusia financió, apoyó y entrenó al terrorismo. Medio Oriente, adoctrinado por el socialismo decimonónico bajo el pretexto independentista fue el campo predilecto para el imperialismo soviético.

El terrorismo marxista se expandió más allá de estas fronteras, iniciando su rastro de sangre por América Latina bajo figuras tan siniestras como el Che Guevara, un Castro exportador de milicias criminales, el sandinismo, montoneros y otros grupos asesinos en Chile, Brasil, Colombia o Venezuela.

Yemen, Libia e incluso Japón (Ejército Rojo Japonés) se convirtieron en campos de combate terrorista, campo de entrenamiento o “zonas seguras” para criminales, bajo la instrucción y protección soviética. Expertos asesinos de la KGB, Stasi, StB checoslovaca, y otras checas se daban la mano con las raíces de ETA, IRA, y terroristas latinoamericanos, africanos, árabes y asiáticos.

La Yihad, sin embargo, fue el campo de cultivo del terrorismo y agitación que prolongaría la ideología marxista una vez mutada su estructura a fines de los años '80. Hermanos Musulmanes dieron origen a Hamas o Al Qaeda, como ya dijimos, y otros yihadistas dieron a luz a grupos como OLP o Hezbollah.

El afán imperialista rojo convocó a los asesinos a luchar a favor de la invasión y genocidio en Afganistán en tanto el mundo libre preparaba a la población resistente con métodos armados para resistir al invasor. El éxito de la resistencia patriota de grupos como Al Qaeda (antisoviético en su origen) dio pie a la teoría occidental de enfrentar fuego con fuego, cooperando con la expulsión de los imperialistas soviéticos de las naciones que pretendían colonizar.

El colapso programado de la URSS reveló el nefasto optimismo occidental, dando por supuesto que finalizado el enemigo evidente el terrorismo desaparecería. Y bajó los brazos.

No vio ni quiso ver que la ideología separatista del marxismo no se detendría. De hecho, el caos previsible fue el pasto seco sobre el cual el socialismo encendió fuego. El socialismo nacional fue, más que nunca, el brazo operante del comunismo internacional. De hecho, el blanco predilecto del terrorismo, más allá de la población civil inocente (espacios públicos, escuelas, hospitales, etc.) son precisamente los símbolos del poder político y económico. Preferentemente económico, en tanto representa la ideología odiada: el capitalismo.

No es de extrañar, en consecuencia, que sean embajadas y particularmente centros comerciales, bancos o íconos de "capitalismo", los blancos preferentes para sus crímenes. Jamás sus aliados, por sangrientos que sean sus oscuros expedientes.

El golpe tuvo que ser recibido en las entrañas de occidente para que el mundo libre reaccionase. Y fue allí, precisamente, donde se evidenció la "marca de origen" del terrorismo. No fue un atentado de origen religioso, como podría suponerse, donde se castigase la inmoralidad o algún aspecto de condena moral lanzada desde los religiosos musulmanes. Tampoco se golpeó un símbolo de poder político, si se trataba de simple nacionalismo. Se atentó contra el ícono del capitalismo, un centro de negocios, el emblema del sistema económico que sin importar su procedencia, unificaba el odio de los socialistas del mundo entero, incluso de los nacionalistas socialistas anticomunistas.

Aquí comienza el caos de los analistas. Sin comprender que la guerra se trata de un asunto ideológico – esencialmente comunismo y anticomunismo – dieron las teorías absurdas hasta lo conspiranoico. Si Occidente apoyó regímenes o movimientos árabes como Irak, talibanes o Al Qaeda fue en cuanto significaban muros de contención ante el imperialismo soviético o bien implicaban un apoyo a la libertad de esa nación.

Entonces invirtió y apoyó la resistencia al comunismo, pero no se supo ver la proyección de estos movimientos en un mundo donde el marxismo careciese de un núcleo aglutinador, un Mal evidente como fue la Rusia soviética. Y, del mismo modo, tampoco supo prever que el terrorismo tomaría el mismo modelo del que nació. El terrorismo, poco a poco, abandonó el modelo central para dar paso a un terrorismo atomizado hasta lo individual, como evidencian los últimos crímenes en Europa.

En consecuencia, si bien el fin de Osama Bin Laden o del maestro terrorista Gadafi supuso un traspie al terrorismo de su línea, nada hizo contra los múltiples grupos terroristas yihadistas, enfrentados unos contra otros pero con el mismo enemigo en común: Occidente. Lejos de concluir, el terrorismo está eclosionando en un proceso de crímenes novedoso y más global. Estamos en presencia de un nuevo escenario geopolítico para el cual muchos no están preparados.

Terrorismo en foco

El terrorismo – genéricamente – es una acción deliberada destinada a producir temor en la población ante actos violentos sin motivación aparente. Atentar contra un Presidente es magnicidio, pero no terrorismo. Detonar una bomba en una escuela o un bus sí es terrorismo. Se trata de una presión psicológica para someter a la población a obedecer sus designios ideológicos, convirtiendo a cualquier persona en una víctima potencial del crimen. Las muertes de políticos o militares se enmarcan dentro de un acto de guerra irregular, pero no terrorismo en estricto rigor. El factor ideológico es el segundo aspecto, el “marco”, que define una acción terrorista.

El terrorismo, por tanto, es tanto la imposición del Ku Klux Klan del siglo XIX como los atentados argelinos de los '60, el terrorismo norcoreano o la amenaza nuclear iraní.

No es, como se enseñó en las escuelas geopolíticas del siglo XX, el medio débil de acceder al poder, cuando se carece de presencia política como para adquirir el dominio de una nación. Se trata de un medio privilegiado de la izquierda para imponer sus designios

Y destacamos el aspecto predilecto en tanto hace posible dos vías de poder. La primera, evidente, al debilitar la credibilidad de una autoridad que aparece impotente ante el crimen que no logra controlar. Un descrédito deliberado a través de grupos de presión aliados a los terroristas, que tanto ridiculizan al gobierno (que combaten desde una postura pretendidamente “ciudadana” e “imparcial”) como por parte de los grupos activistas asociados que condenarán sistemáticamente – incluso por vías legales que desprecian para condenar al terrorismo – la acción protectora del orden nacional.

La segunda vía de poder se hace efectiva a través del método trostkista de la opción alternativa. Consiste en presentar dos alternativas para forzar a la población a adoptar la segunda. El terrorismo sanguinario y descontrolado es el fantasma de pesadilla con que atemorizan a los ciudadanos para proponer su versión “light” que naturalmente fue y es rechazada por la ciudadanía, pero que ante el primer monstruo aparenta ser la única alternativa posible para detener a los “más malos”.

Tampoco se trata de un medio “blando” para “débiles”. Los Estados también pueden hacer terrorismo, como Corea del Norte o Irán. No se trata más que de la intención de imponer una ideología con medios convencionales o no, a través del temor de la población y la comunidad internacional.

Los atentados indígenas contra la población local, sea en África o América, pretenden imponer una ideología tanto como el socialismo yihadista lo intenta a su modo, manipulando la imaginación de los ciudadanos y analistas con sus peores pesadillas.

Visto así, el terrorismo está pasando por su mejor período, con la simpatía de los movimientos internacionales de ocupies e indignados, organismos de derechos

humanos – siempre “tuertos” – y el acceso a materiales de guerra fácilmente movilizables por pequeños grupos o simples personas “particulares”.

En esta nueva fase, los Gobiernos y grupos de poder como en Europa o la ONU dan tribuna y foco a los terroristas y simpatizantes, legitimando y respaldando sus acciones criminales y dando pie a la confusión impotente de las víctimas y el lucro político de sus promulgadores.